

EXPEDICION A LA NACION GUAYCURA EN CALIFORNIA, Y

DESCUBRIMIENTO POR TIERRA DE LA GRAN BAHIA DE SANTA MARIA
MAGDALENA EN EL MAR PACIFICO, POR EL SR. CAPITAN DON ESTE-
BAN RODRIGUEZ LORENZO SU PRIMER CONQUISTADOR,

CON UNA ESCUADRA DE DOCE SOLDADOS ESPAÑOLES DEL REAL PRESIDIO DE
NUESTRA SEÑORA DE LORETO, OTRA DE QUINCE INDIOS AMIGOS, Y DOS IN-
TERPRETES. DESDE EL 3 DE MARZO DE ESTE AÑO 1719.

ARCHIVO FRANCISCANO.—
Provincias Internas (Califor-
nias).—Legajo 17145 Año 1719.
03-04.—Diario de la Expedición
que el Capn. del Rl. Presidio
de Loreto Don Esteban Ro-
dríguez Lorenzo, hizo por tie-
rra a la Nación Guaycura, en
California, Descubrimiento de
la Vaia de Sta. Maria Mag-
dalena en el Pacifico.
MS. En 8o., 16 folios.

INTRODUCCION

Entre el acervo de documentos manuscritos de la Biblioteca Nacional, donde existen innumerables papeles inéditos, encontré este diario cuando hacía investigaciones acerca de los Guaycuras y al punto me dediqué a transcribir dicho documento.

Muy interesante desde el punto de vista histórico para México y California; lo es también ameno.

Se trata de un diario que escribió el Capitán Esteban Rodríguez mientras hacía el recorrido en busca de una salida al mar en la península de California y nos relata el descubrimiento de la Bahía de la Magdalena por tierra firme desde el Real Presidio de Loreto.

En este diario puede apreciarse, pese a los casi dos siglos transcurridos de la conquista, el procedimiento y técnicas empleadas por Cortés y sus hombres al agasajar a los indios con regalos a fin de granjearse el aprecio y buena voluntad y despojarlos de toda desconfianza.

Guillermo VELARDE G.

El día 3 de marzo de este año 1719 salió con sus escuadras el Sr. Capitán Don Esteban Rodríguez Lorenzo del Real Presidio de Nuestra Señora de Loreto e hizo su camino a la ranchería de Nantrig, donde se juntó lo restante de la caballada del Presidio. Se anduvieron este día cuatro leguas.

Día 4.—Se subió felizmente la cuesta de Chuenqui, aunque en ella se cayeron tres mulas cargadas; mas no fué en los desfiladeros, que llevan a la mar. Se llegó este día a la misión de San Juan Malibat, habiendo caminado cinco leguas.

Día 5.—Salimos de San Juan Malibat, y montadas las sierras de Santa Ursula, hicimos alto en los planos cerca del promontorio de San Nicolás. Se anduvieron este día 5 leguas.

Día 6.—Llegamos a Santa Cruz Udare. Aquí hallamos algunos guaycuras de la ranchería de Cunupaqui, patria de uno de los intérpretes, y les pedimos concurriesen con su gente a San Juan de Dios Cuatiquie, para bautizar los párvulos. Tiene este arroyo de Santa Cruz Udare buenas tierras, carrizales y saucedas, y lleva alguna agua. Se anduvieron este día 5 leguas.

Día 7.—Fuimos a San Juan de Dios Cuatiquie. En el camino pasamos el arroyo de Santa Perpetua, que lleva agua, aunque no mucha, y se junta a poco andar, con el de Santa Cruz Udare. Caminamos este día siete leguas.

Día 8.—Nos detuvimos en San Juan de Dios para celebrar el Santo Patrón con las solemnidades de la Santa Misa, y muchos bautismos de los párvulos de ésta, y de la ranchería de Cuhupaqui que vino al llamado. Lo restante del día se empleó en componer un mal paso a la otra banda del arroyo, y en registrar por la caja arriba agua, y tierras; halláronse dos buenas sacas a muy buenas tierras.

Día 9.—Fuimos a Santo Tomás Anyaichiri que está en el mismo arroyo de San Juan de Dios Cuatiquie. Anduvimos hoy seis leguas. La gente de esta ranchería, que estaba arroyo abajo, luego que supo de los huéspedes, vino a vernos, y se mostraron muy amigos. Esta noche recogida ya nuestra gente, y velando los centinelas en sus puestos, comenzó un indio en la ranchería, que

estaba cerca, a hacer un razonamiento con grande energía, y movimientos de arco y flechas, que gobernaba al compás de su voz. El argumento de su oración fué: que tenía mucho miedo de la gente del Sur, para donde nosotros íbamos. Al acabar el orador su asunto, soltó toda la ranchería un gran cachino y nos dejaron luego descansar.

Día 10.—Pasamos a San Gregorio Quiaira, habiendo caminado cinco leguas; hallamos aquí poca gente; porque andaba en otros sitios repartida la más. Por la tarde despachó el Sr. Cap. a unos soldados para que reconociesen el paraje, y camino siguiente, guiando estos naturales de Quiaira.

Llegaron a Santiago Quepoh y eligiendo paraje, tornaron a nuestro real, habiendo reconocido ser andable, aunque cerrado de montes, y poblado de algunos malos países el camino. Anduvieron de ida y vuelta ocho leguas.

Día 11.—Proseguimos a Santiago Quepoh, habiendo trabajado mucho nuestra gente en derribar palos, y cardones, para franquear paso a las cargas. Anduvimos este día cuatro leguas. Por la tarde despachó el Sr. Cap. unos soldados, para que explorasen el camino, y paraje, que se seguía. Llegaron a San Clemente Querequana, y habiendo hallado buen paraje, repararon su senda semejante en lo montuoso a la de esta mañana. Anduvieron de ida y vuelta ocho leguas. Esta noche rezado el rosario de Nuestra Señora y dichas las letanías Lauretanas, como se observó en todo el viaje, se cantó el alabado y cuadró tanto el tono a los indios del país, que dejando su ranchería, rodearon como treinta hombres nuestro real. Acabado el canto se tornaron muy gustosos a sus posadas.

Día 12.—Llegamos a San Clemente Querequana, acompañándonos algunos hombres de Quiaira, y Quepoh, a quienes para asegurarnos de guías, regalamos bien con tabaco, cuchillos, frezadas, sayal y otras cosas; porque en la exploración de la tarde antes no se halló gente en Querequana, sino solas tres mujeres, una en un sitio, dos en otro; aquella que sintió primero a nuestra gente, echó a correr, siguióla el que guiaba de Quepoh, y le dió razón de nuestra ida, y un regalo, que a su Cacique remitíamos: Las dos cogidas de improviso por los exploradores, no hicieron otra cosa, que taparse las caras; no obstante les quitaron el miedo regalándolas con algún bizcocho: recelábamos también no hallar la gente en Querequana; porque otro indio, que remitimos antes, para que avisase de nuestra ida, se volvió sin haberla hallado, ni la vimos hoy nosotros. Anduvimos esta mañana cuatro leguas. Por la tarde mandó el señor Capitán a unos soldados fuesen a explorar el camino, y terreno siguiente, guiando los de Quepoh. Llegaron a

San Andrés Tiguana, caminadas tres leguas, habiendo hallado bien cerrado el camino por el mucho monte; escogieron paraje, y se tornaron de vuelta a San Clemente Querequana. Aquí nos enseñaron los indios a poner más cuidado del que hasta allí se había tenido con las alhajas; porque no bastando los platos para darles la comida se repartió a algunos en unas tembladeras de plata del Señor Capitán, y cuadrándoles el género, por descuido de los jefes en recogerlas, ocultaron una, que aunque fué bien buscada, por mejor escondida, no pareció.

Día 13.—Fuimos a San Andrés Tiguana, habiendo trabajado mucho en despejar la senda, como los días antes. Anduvimos tres leguas. Aquí hallamos la ranchería de Querequana, a la cual regalamos con cuchillos, frezadas, sayal, tabaco, cacles y comida, correspondiéndonos ellos, en prueba de amistad, con unas plumas; y dándonos buen informe de los caminos, y parajes siguientes, para donde prometieron algunos nos acompañarían; a más de eso enviaron avisar de nuestra ida, como se lo pedimos, a las rancherías inmediatas.

Día 14.—Pasamos a San Borja Cutoigue, guiándonos los indios de Tiguana. El camino fué semejante a los que habíamos pasado y como los Tiguanas viesan el trabajo de nuestra gente en despejar la senda, se comedían ellos también limpiándola, y cortando ramas; eran más de veinte, y así, no fué poco lo que ayudaron. Anduvimos este día tres leguas.

Día 15.—Informados por nuestros ayudantes de San Andrés Tiguana de la distancia, camino, agua, y pastos de la ranchería siguiente, y guiándonos ellos, llegamos a San Cosme Codaraqui, y hallamos esta gente muy mansa, y con la turba de mujeres, muchachos y muchachas que sólo recibiendo de paz, se dejan ver. Los regalamos con frezadas, cuchillos, sayal, cacles, y comida, y retornó su cacique con una visera, o corona en muestras de amistad. Anduvimos este día seis leguas.

Día 16.—Salimos, guiándonos los naturales de Codaraqui, para la ranchería de San Damián Chirigaqui, nos acompañaban también algunos de Tiguana; de unos y otros nos informamos bien de lo conveniente. A las tres leguas de camino recibieron estos Guaycuras un nuncio de hacia Chirigaqui, quien les habló recatadamente, y luego se adelantaron todos corriendo a pendón herido, excepto uno que hablando a el Señor Capitán, le pidió, fuesen a reconocer el paraje, dondeuviésemos que hacer alto. Se le respondió, que ya íbamos a verlo todos; —preguntó el indio que por qué no se querían adelantar algunos. Y añadió, señalando a un soldado; que aquél fuese a registrar el sitio de Chirigaqui; se le dijo, que ese hombre iba cor-

tando palos, y los demás atendiendo a las cargas, y caballos, o en el mismo empleo de los palos. Oído esto, siguió corriendo el camino de los demás. Nuestra gente iba siempre bien ordenada y a punto de defensa, no tuvo que hacer el Señor Capitán, ni su cabo en disponerla, sólo mandó a tres hombres de la vanguardia, que sin alargarse mucho, sino siempre a una vista de nuestro corto ejército, explorasen el terreno cautelando emboscadas. Descolgamos con buen orden a Chirigaqui por una loma, desde donde se divisó debajo de unos árboles la gandulada de indios, estaban en pie sin arcos, ni flechas, más todo lo tenían en los matorrales cercanos. Pasamos a su vista, y en escogido sitio hicimos alto. No pudimos conocer el fin con que se adelantaron aquí estos indios; nos parecía cuando llegamos no haber sido malo, porque no tenían lejos sus mujeres, e hijos, quienes, luego que pasamos, se pusieron a nuestra vista. Mandó, no obstante el señor Capitán, a unos soldados, que explorasen los bosques, y carrizales inmediatos, así para proveer el pasto a las bestias, como para asegurarnos, si a más de los gandules, que se nos hacían presentes, hubiese otros: no hubo. Se pasó el día sin más zozobra, que la de un gran cuidado. Viniendo a las pláticas con los indios, nos informamos de las rancherías inmediatas, sus caminos, pastos, aguajes y lo demás que convenía. Y, según su informe convinieron con nosotros en que nos acompañarían y guiarían a la Encarnación ranchería de Aniritugue, para donde nos indicaban ir el camino por una loma, que teníamos al otro bordo del arroyo; fué reconocida esta senda de nuestra gente, y hallamos ser a nuestro rumbo. Regalamos a los indios con ropa, cuchillos, cacles y comida. Se caminaron este día cinco leguas: por la noche anduvo más la caballada, que (horrorizada con la vista de algún tigre, o león, o por otra causa) dió por dos veces estampida; reparóse la primera con brevedad, mas la segunda hizo tal fuga, y con tanto estruendo, por el silencio de la noche, que, no obstante, de estar lejos los naturales, fué de ellos bien notado, y tuvieron tal denuedo, que vinieron a nuestro real dos solos Guaycuras armados de arco y flechas, para informarse de aquel espantoso y repentino estrépito nunca de ellos oído, ni imaginado. Explicóles el Señor Capitán para quitarles el recelo, de dónde procedía aquel tropel ruidoso, y la causa de espantarse las bestias, oyeron, y satisfechos; porque ni divisaban por allí la caballada, que corría ya lejos, ni nos veían inquietos en el real, se tornaron a sus ranchos entre los montes.

Día 17.—Nos detuvimos en San Damián Chirigaqui, porque descansase algo la caballada, que con los estampidos de la noche antes, había corrido mucho, y pasteado poco. Se curaron algunas bestias mayormente una

que se halló por la mañana picada de víbora, la cual con la probatísima habilla de Guatemala, está fuera de riesgo.

Día 18.—Salimos guiando los de Chirigaqui, y a poco andar, reconocimos nos llevaban con dolo; porque dejando el sendero al Sur, que según su antecedente informe debíamos seguir para Aniritugue, dirigían por otro al oriente: hablóles el Señor Capitán para que cogiesen la senda de Aniritugue e hízoles cargo de su informe, y de lo convenido en los días antes. Respondieron ellos, que por donde ahora guiaban estaba Aniritugue, sin hacerse cargo de ser esto muy opuesto a lo que antes nos habían dicho. Y reconociendo el Señor Capitán que de apartarnos por el sendero dicho, perderíamos la amistad, y los guías; y de seguir éstas se esperaba la confirmación de nuestras amistades, y se aseguraba la noticia de los caminos y aguajes hacia el Sur, disimulando los embustes, y fiado en el valor, y experiencia de sus escuadras dispuestas para cualquier caso, mandó a la vanguardia que siguiese a los indios, por donde ahora guiaban, que mirábamos ser arroyo arriba por sus vegas, con lo cual no había recelo de que faltasen agua y pastos, ni se tenía emboscados; por haberse reconocido despejado el terreno. Caminamos, pues, con buen orden, y a las dos leguas siguiendo nuestra senda por un bordo del arroyo, divisó la vanguardia gran número de indios sentados todos de montón debajo de unos árboles en una istera dentro de la misma caja del arroyo, y en el bordo opuesto a nuestra senda el mujerío todo, y los muchachos y muchachas en muy buen sitio, por estar alto, y acantilado; desde una y otra parte vieron todos hombres y mujeres la buena disposición de nuestras tropas: advertían preceder la vanguardia de españoles que mandaban a muy buenos brutos; miraban seguirles un escuadrón de indios amigos adornados con sus aljabas, que llevaban respetables más por la provisión de flechas, que por la curiosidad de sus pinturas; admiraban en el centro nuestro carruaje guarnecido de españoles, y cerrado con otra escuadra de indios amigos; se espantaban viendo en la retaguardia la caballada de remuda acordonada con presidio español: agradable espectáculo, para los que ni pintada, habían visto representación semejante; si no es ya que mirado con temor, lo que intentaron (si fué ese el fin de sus mentiras) ver con recreo, les embargó la buena discreción del conocimiento, y el presendido júbilo natural. Mientras ellos se admiraban, pasamos el bordo del arroyo, y, ocupado un sitio cómodo, y bien empastado, hicimos alto no muy lejos de los Guaycuras; aquí se descargó la requa y con la misma carga formamos brevemente un corto recinto. Mandó luego el Sr. Capitán a unos soldados que remudando en escogidas bestias, fuesen

al cargo de Don Francisco Cortés de Monroy su cabo, la vía del Sur, a explorar de cuatro a cinco leguas, el inmediato país. Salieron guiados los dos indios, uno de Codaraquí, y otro de Chirigaqui, quienes obligados de los dones, que les dimos, nos habían prometido en sus rancherías acompañarnos en nuestra expedición y que nos enseñarían los caminos y aguajes que hacia el Sur ellos supiesen. Y aunque esta mañana nos faltaron a su palabra, se aventuraba poco en probarlos con otro examen; a más que si no guiasen al Sur, llevaba orden el Señor Cabo de no seguir sus direcciones, sino gobernar su gente a otro rumbo. Pasóse entre tanto el mediodía y prevenidos unos regalos, mandó el Señor Capitán a los intérpretes que por medio de los indios de Codaraqui y Chirigaqui, llamasen toda aquella gente, hombres y mujeres, habiendo ordenado antes a unos soldados que asistiesen a caballo con especie de cuidar con los de el turno las demás bestias. Vinieron solos como cien gandules armados de arco y flechas que poniendo en los arbolillos cercanos llegaron pacíficos, e inermes a nuestro real, y como veinte mujeres entre grandes y chicas, quedándose el mayor número en sus ranchos. Se les significó el gozo que tuvimos habiendo visto a ellos, y a los demás, que estaban en su ranchería; que deseábamos hacerles amigos, como habíamos ejecutado con los de su nación, por donde habíamos pasado, verdad de que allí tenían buenos testigos, en los que de Codaraqui y Chiricaqui nos acompañaban; y que para el efecto de establecer nuestras amistades, traíamos aquellos regalos, que miraban frezadas, sayal, cuchillos, tabaco, cacles; que nos dijese cuántas rancherías estaban allí, juntas para distribuir distantemente a cada uno de nuestros dones. A esto último omitiendo lo demás, respondió un anciano en voz tan baja, que apenas era oído de los intérpretes: hablaba como quien no quería publicar sus mentiras; dijo que toda aquella gente era de aquella sola ranchería, que no había allí muchas, sino una sola ranchería y añadió que aquí era Anirítugue. Nada le creíamos, y porque desesperamos oírle verdad, acabamos la plática, regalándoles con lo que les habíamos mostrado, y les dimos algo de comer, que alcanzase para todos; pocos comían, los más se recelaban de la comida, aunque nos veían comerla, todos apacentaban su ánimo mirando, y admirando cuanto había en el real; en lo que más iban, y venían era en espantarse de las mulas, y caballos, que sobre sí llevaban tanta carga. Después hablando nosotros separadamente a unos mancebos, nos dijeron, sin diferencia; que era la ranchería de Cuédene aquella, donde estábamos y que allí había juntas siete rancherías. No se pudo conocer el fin con que se juntaron, y nos trajeron por mentiras tantas aquí. Lo que discurrimos

fué que o quisieron hacer alarde de la mucha gente, que ellos podían juntar, para retraernos de hacerles daño, si lo intentásemos, viendo la multitud, que a su defensa ocurría, o que por las previas noticias, que tuvieron de las extranjeras tropas, quisieron divertirse con nuestra entrada en Cuédene, lo que lisonjeando nuestro gusto, hubieran conseguido más limpiamente, a habernos insinuado con la verdad desnuda su deseo. Entre tanto los dos indios, que guiaban al Sr. Cabo dejándole en un aguaje distante al Sur de San Gabriel Cuédene como una legua sin querer pasar adelante, o medrosos, o solícitos de lo que pasaría con su gente, se restituyeron a Cuédene. Prosiguiendo su expedición los exploradores, llegaron a San José Adague, y habiendo hallado agua corriente, buenos pastos, y camino le repasaron para Cuédene a donde llegaron cerca de la noche, caminados de ida y vuelta diez leguas. La noche se pasó sin novedad en el real, tuvo la grande un Guaicura, que entrando, como a las diez de la noche, a Cuédene por una senda de hacia el norte, dió impensadamente a lo que creemos, con los centinelas de nuestra caballada, habláronle; mas si no lo espantó el idioma, le atemorizó la figura de los caballos, y jinetes; echó a correr hacia un cercano bosque.

Día 19.—Celebrada la santa misa, que se ofreció a nuestro gran Dios, para que su Magestad se sirva de traer a esta pobre gente al gremio de nuestra Santa Iglesia, salimos para San José Adague, acompañándonos como veinte gandules de esta junta de Cuédene. Pasamos en el camino cinco arroyuelos todos con agua, aunque poca. Luego que llegamos, y fué bien tarde, mandó el Sr. Capitán a unos soldados fuesen a explorar hacia el Sudeste, para donde corría la caja del arroyo, el terreno que permitiese el tiempo, para volver antes de la noche; guiándoles dos de los que nos acompañaban desde Cuédene, éstos, luego que pusieron a los exploradores en una senda, sin obligarlos los regalos de que fueron prevenidos, se excusaron de proseguir, y tomaron otro camino, para ni acompañar a los exploradores; ni volver al real, donde procuramos informarnos de los guaycuras, que aquí había, de las rancherías, que poblaban aquel arroyo abajo; nos nombraron cuatro. En las pláticas que con ellos tuvimos, nos dijeron claras mentiras, no obstante los regalamos, y dimos de comer, a poco rato, tomaron sus armas, y se apartaron de tres en tres, o de cuatro en cuatro con especie de que iban hacia el agua, mas con intento de desampararnos, como de hecho lo ejecutaron. La causa de dejarnos, a más de el temor mal fundado que tenían de nuestra gente, fué, porque nos vieron determinados a seguir el arroyo abajo en prosecución de nuestro viaje; y temían a sus ve-

cinos de Santa María Tacanopare, a quienes pocos días antes, habían muerto un hombre, como después supimos de los mismos Tacanopares. Y se resolvió el Sr. Capitán a proseguir la entrada hacia el Sudeste, porque viniendo hoy de Cuédene para Adague, desde la cumbre de una sierra interpuesta en el medio, divisamos a ese rumbo las montañas de la famosa Bahía de la Magdalena, fáciles de conocerse, por la notable individual figura, con que las describe toda Cosmografía. Y juzgó el Sr. Capitán más importante explorar los senos, y reconocer los agujeros de esta Bahía, que penetrar al Cabo de San Lúcas; pues no pudiéndose, al presente, conseguir ambas cosas, por la falta de bestias, se prefirió el registro de esta Bahía, que por más cercana al Real de Nuestra Señora de Loreto, pide la razón se reduzca y pueble antes (para que las pocas fuerzas estén más unidas) que el Cabo de San Lúcas distante de Loreto, aunque más se endurecen los caminos, sobre cien leguas. Motivóse igualmente el Sr. Capitán como fiel ministro de N. Católico Monarca Don Felipe Quinto, a quien Dios prospere a preelegir la exploración de dicha Bahía de la Magdalena; porque ha deseado su Majestad con cristiano anhelo preveer en las costas de California a sus vasallos que navegan de Filipinas a Nueva España, de escala en que (con los refrescos de tierra, y sano clima, como lo es todo el de estas tierras, en cuanto hemos visto) se eviten las muchas muertes que les ocasionan anualmente el mal de Loanda. Y claro está que atendido el piadoso celo de nuestro invicto Rey, ha de ser de su mayor agrado el que sus vasallos hallen cincuenta o más leguas antes de la Bahía de San Bernabé, que está en el Cabo, el refresco y la salud, como sucedería, poblada esta Bahía de la Magdalena, que el que busquen ambas cosas en el Cabo, dado que se juzgase conveniente poblar, y fortificar alguno de estos puertos. Entrada ya la noche volvieron nuestros exploradores, habiendo hallado buen camino y buenos pastos. Anduvieron de ida y vuelta tres leguas.

Día 20.—Fuimos a San Joaquín, no hallamos aquí gente, aunque es lugar de ranchería. Vimos en el camino varios cercados de ramazón y espinos, que hacen los naturales para cazar liebres, y conejos, de que hay abundancia en este país. Anduvimos este día legua y media. Luego que llegamos despachó el Sr. Capitán a unos soldados, que explorasen a nuestro rumbo hasta cinco leguas. Llegaron a Santa Anna de El Espanto, y habiendo hallado buen camino y buenos pastos, volvieron por la tarde, caminadas de ida y vuelta diez leguas.

Día 21.—Pasamos a Santa Anna del Espanto, tampoco hallamos aquí gente. Vimos en el camino varios sitios de rancherías, en uno de ellos es-

taban unos arcos ensangrentados, y quebrados, y señal de haber arrastrado un cuerpo humano. Anduvimos este día cinco leguas. Luego que llegamos mandó el Sr. Capitán a unos soldados, fuesen a registrar hasta cinco leguas a nuestro rumbo. La mayor parte del camino hicieron por la caja del arroyo, a causa de no haber hallado sendero alguno por los lados cerrados de montes y malezas. Llegaron a Santa Isabel Tipateigua, que está en una isleta dentro de la caja del arroyo con buenas sombras, y bastante pasto. Volvieron cerca de la noche a nuestro real, caminadas de ida y vuelta diez leguas. Esta noche haciendo centinela en su cuarto de caballada Ignacio de Acevedo soldado, y vió según afirmó después en el real, un fantasma sobre un arbolillo, y asevera, que aunque espeluzado y medroso, quizo acercándose reconocer lo que fuese; dice, pues, que al llegar al árbol, se le desvaneció aquella fruta.

Día 22.—Fuimos a Santa Isabel Tipateigua, y nos fué muy pesado el camino por los arenales del arroyo. Anduvimos este día cinco leguas. Luego que llegamos despachó el Sr. Capitán a unos soldados para que explorasen el rumbo hasta cinco o seis leguas. Llegaron a San Benito Arui, donde hallaron unos indios tan divertidos en coger ratas, que aunque no era poco el tropel de las bestias, no sintieron a los exploradores, hasta que estaban de ellos como diez pasos; echaron a correr gritando unos, y otros tocando pitos para convocar su gente; más a las voces del intérprete oyendo su idioma, se pararon, y abocaron a nuestra gente; pero diciendo que querían pelear: respondiéronles los de nosotros, que ellos no venían a eso, sino a hacerlos amigos, y regalarlos; diéronles razón de los que quedábamos en Tipateigua, y que el día siguiente iríamos todos a su ranchería, que nos esperasen sin recelo como amigos; prometieron ellos que esperarían, y los regaló nuestra gente con unas navajas, bizcocho y otras cosillas, retornando ellos con plumas, y pieles de venado. Entrada ya la noche llegaron los exploradores de vuelta al real, habiendo caminado como once leguas.

Día 23.—Llegamos a San Benito Arui, e hicimos alto distantes algún trecho de la ranchería, por haber reconocido los exploradores no haber pastos, donde estaban los indios, y haber algo, aunque escasamente, en este sitio. Anduvimos hoy cinco leguas. Mandó luego el Sr. Capitán a unos soldados fuesen a explorar hacia la Bahía que suponíamos ya estar cerca, lo que permitiese el tiempo, para volver antes de la noche. Guiaban los amigos de Arui, quienes prometieron acompañarían hasta el mar: caminaron algo los guías por el arroyo abajo, y dejándole luego tomando otra senda, pu-

sieron a los exploradores en un estero. Díjoles el intérprete, que guiasen para la Bahía; mas no quisieron, sólo señalaban al Noroeste. Ellos se volvieron para Arui, y nuestra gente no pudiendo bajar orillados al estero, por los manglares, que son muy tupidos, prosiguieron para donde señalaban los de Arui, y dieron con otro estero que tampoco les permitió bajar para la Bahía, por estar como el primero muy embarazado con espesos manglares. Y porque era ya tarde, se volvieron al real, habiendo caminado como diez leguas.

Día 24.—Quiso el Sr. Capitán hacer por su misma persona la exploración, y habiendo procurado granjear a los de Arui con buenos regalos, y promesas de otras mayores para que guiasen, no se consiguió de ellos; mas enseñaron una senda, que seguida llevó a los exploradores a la Bahía; mientras ésta se registraba, platicamos amigablemente con algunas rancherías, que concurrieron hoy a nuestro real, la de Tacanopare nos informó de que les habían muerto los de arriba. Los regalamos liberalmente; más que a otros, para moverlos a que el día siguiente nos enseñasen el aguaje, que ellos mismos decían haber en la Bahía; a más de eso, les mostramos unos muy lucidos plumeros; (ventajosos a sus plumas, como lo vivo a lo pintado) y prometimos dárselos, si nos guiaban a la agua; porque temíamos, lo que de hecho sucedió al Sr. Capitán. Quedaron los indios en que vendrían por la mañana, y se retiraron a sus ranchos. Mirando, pues, la Bahía el Sr. Capitán, e impedido por los esteros, que dejaba al Sudoeste, para reconocerla por allí, la costeó por tres leguas hacia arriba: no se halló agua, y una loma, que tira de tierra a la isla, y se extiende espaciosamente la costa arriba quitó las esperanzas de hallarlas en este día, lo cual visto por el Sr. Capitán, determinó tomar la vuelta de San Benito Arui, a donde llegó sobre tarde, habiendo caminado en la expedición como quince leguas.

Día 25.—Esperamos por la mañana a los indios para que guiasen a la agua, conforme a su promesa. Se registró entre tanto el origen de una gran poza, que teníamos en el paraje, y se buscó camino para Tipateigua, que no pasase por otra poza que atascaba mucho hallóse desecho y en la cabeza de la poza bastante agua corriente. Llegado el medio día sin haber venido los indios, y desesperando hallar por su dirección el aguaje, determinó el Señor Capitán repasar el camino para Santa Isabel Tipateigua; porque para hacer las futuras expediciones, ni nos podíamos mantener en Arui falto de pastos, ni acercarnos a el mar, donde faltaba agua, y pastos. Llegamos a Tipateigua algo tarde, habiendo caminado cinco leguas.

Día 26.—Despachó el Señor Capitán unos soldados, y un intérprete, fiando esta expedición, que se suponía ser ardua, al empeño atento Señor Cabo Don Francisco Cortés de Monroy, para que gobernando su derrota a las serranías de la Bahía, saliesen al mar enfrente de su punta al Noroeste, y recorriendo para adentro la Bahía, buscasen el aguaje. Salieron los exploradores habiendo escogido para la empresa los mejores caballos y anduvieron al principio sin granjear mucho de camino, por buscar entre los montes sendero, que llevase a el destinado rumbo; no le hallando, siguieron su viaje en demanda de la punta de la montaña que dirigía de rechamente a la Bahía; pero por montes y malezas. No hallaron agua en el camino sólo vieron en unos vagiales señal de formarse allí lagunas en tiempo de aguas, cerca de estos vagiales hallaron en dos sitios unos ranchos despoblados y bastantes casillas fabricadas de cordones. Habiendo caminado hoy como diecisiete leguas el Señor Cabo, hizo alto con su gente, para pasar la noche en un ramblar empastado, pero sin agua, y seguir su expedición por la mañana.

Día 27.—En prosecución de su intento salió el Señor Cabo por la mañana, y a las tres leguas de camino llegó al mar enfrente de la misma punta de las montañas, que forman, de opuesto con esta otra sierra la gran Bahía de Santa María Magdalena en el mar Pacífico, reconocióse ser esta boca de bastante hondable; porque entraban y salían por ella las ballenas, y muy ancha. Recorrieron los exploradores el seno adentro, y a las dos leguas atravesaron un angosto médano, que tira como por tres leguas, hacia la isla; al otro lado de dicho médano se encontraron con un estero, o caño ancho de boca por más de media legua, que entrando largamente a la tierra, se forma a la Bahía, donde desemboca igualmente ancho: está este estero orillado al médano dicho, recorriendo, como nuestros exploradores, la Bahía de arriba para el Cabo de San Lucas; y es el primer caño, que se encuentra en la Bahía bojeándola, como se ha dicho. Aquí, pues, entre el estero y médano hallaron los exploradores a un indio empeñado en prender fuego a un manglar, éste cogido de improviso tiró a esconderse tras un mangle: hablóle el intérprete; y respondió el indio, no siendo otro su idioma; no entiendo esa lengua; preguntáronle por el aguaje, y gente; y respondió él; no hay aquí gente, yo solo vivo aquí; ni hay agua, ni la bebo yo aquí; el miedo en tasubitaneo caso le dió ingenio para la restricción; más no le preguntaban, lo que ya veían los exploradores. Quiso también él preguntar al intérprete; que de dónde venían aquellos hombres? Dióle buena razón su nacional, y con los regalos, que le hizo el Señor Cabo, y palabras, que

oyó de amor, y paz, sin hablar cosa, guió nuestra gente a la ranchería de Santa María Magdalena, donde los naturales recibieron con grandes significaciones de júbilo a los exploradores; hízoles el Señor Cabo algunos regalos, y retornaron ellos con plumas, mucho y muy buen pescado asado, y crudo, y otras cosas. Llegando el agua, que era todo el intento, la hallaron en un pozo cavado en el médano, y cerca del estero primero, que se ha dicho, tiene este pozo un estado de hondo, y no fué posible que las bestias bebiesen agua en él; probóse a darles en unas vasijas, que prestaron los indios, de raíces o juncos; más ni así se pudo; porque se derrumbaba mucha arena, y aunque conocieron el Señor Cabo, y los soldados, que adecuando con una estacada el pozo, y desvanando la arena, por la parte que mira al estero se franquearía paso a las bestias, y habría copia de agua, no se emprendió esta fagina; porque juzgó el señor Cabo poder llegar hoy a San Benito Arui, habiendo conocido menor distancia de la Bahía a este aguaje de Arui, que a el de Tipateigua por donde ayer, y hoy, se ha caminado, y no quiso alargarnos el cuidado, en que estaríamos en nuestro real todos. Preguntando los nuestros a los indios, si había agua en la isla? Respondieron ellos que sí, que la había cercana a la playa; y añadieron, que allá se ranchean ellos parte del año, creemos será así, porque lo mismo nos dijeron otras rancherías informándonos de esto. Recibidas, y bien examinadas estas noticias, dejando nuestros exploradores a los naturales de la Bahía con estimación de amigos, tomaron la vuelta para San Benito Arui, caminaron favorecidos de la luna hasta la media noche, e hicieron alto distantes dos leguas de Arui, a donde no llegaron porque no habiendo ya luz resistía el monte, y negaba el paso un sembrado espeso de pitajayales, que se arrastraban por el suelo, y dañan gravemente las bestias. Anduvieron hoy los exploradores como doce leguas.

Día 28.—Llegó por la mañana el Señor Cabo a San Benito Arui, aquí bebieron agua las bestias que bambaleaban ya, a causa de no haberla bebido y por eso no haber pasteado en los días antecedentes: descansaron pocas horas, y llegaron por la tarde al real en Tipateigua; fueron recibidos alegremente, e informó el Señor Cabo al Señor Capitán lo que queda referido en los tres días de esta expedición. Se anduvieron este día siete leguas, y llegaron las bestias tan transidas y espinadas, que en muchos días no volverán en sí. Entre los regalos que hicieron los naturales de la Bahía a nuestros exploradores, presentaron una concha de nácar a Francisco de Rojas, veterano, y muy experto soldado, quien nos la mostró con risa en Tipateigua juntamente con los demás dones de la Bahía. Este regalo de la

concha movió a nuestros exploradores a preguntar a los indios, si había allí, en su Bahía conchas como aquella? Respondieron que no, que aquella era peregrino don allí venido por su industria de este otro mar de Californias, y que por presea tal la presentaban a este hombre. Esto, y el no haber visto nuestra gente ahora en la exploración de la Bahía, ni otras muchas veces, que dentro de esta tierra le han costado muchas leguas al mar Pacífico, concha alguna de nácar, es buen desengaño, contra las fábulas poco ha representadas en Nueva España, para que los que han creído haber perlas en las costas de California al Mar Pacífico, muden su ascenso, y, ahorrando gastos, no busquen vanamente en la contracosta, o mar Pacífico, lo que sólo se halla en las costas de este seno, o mar Californico.

Día 29.—Despachó el Señor Capitán unos soldados con orden de explorar el arroyo de Arui por dentro de su caja; para que viesen, si en cercanías del primer caño, que se reconoció el día 23 donde desemboca dicho arroyo, hubiese buena agua; y de pasar por la costa abajo para reconocer la otra boca de la Bahía, y si hubiese agua en sus cercanías. Salieron en escogidas bestias, y recorriendo la caja del arroyo desde Arui para abajo, hallaron, después de la agua dulce, tres grandes pozas de agua salada, y otras muchas menos separadas con interpuestos arenales (por lo que no puede servir para aguada del arroyo de Arui) hasta llegar así interpolados al estero. Prosiguiendo su camino la costa abajo, dieron en unos pantanos inandables, y por este obice no pudo divisarse la Bahía, (ni podía verse desde los pantanos, no por distante, sino por cercada de muy espesos montes). Visto esto por los exploradores se volvieron a nuestro real en Tipateigua, donde llegaron entre diez y once de la noche, habiendo caminado de ida y vuelta diez y ocho leguas.

Día 30.—Reconociendo el Sr. Capitán que el proseguir con la expedición más hacia el Cabo de San Lucas, sería, para que postradas las bestias con las inevitables exploraciones, se impidiese el registro de algunas tierras, y arroyos, por donde habíamos pasado, cuyas visitas se reservaron para vuelta de viaje, resolvió su merced con maduro acuerdo tomar la de Loreto. Así que hoy salimos de Tipateigua, y llegamos a Santa María Tacanopare, por mejor camino, y sin repasar los penosos arenales. Anduvimos este día seis leguas.

Día 31.—Por mejor camino, y derechera, que la que de allí trajimos llegamos hoy a San Gabriel Cuédene, habiendo pasado buenas tierras, bien empastadas y pobladas de fino orégano. En Cuédene no había ya la

gran junta que antes; hallamos pocos indios, a quienes agasajamos, y regalamos con algunas cosillas. Anduvimos este día siete leguas.

10. de Abril.—Venimos a San Francisco de buena vista, paraje entre Chirigaqui, y Codaraqui. Tiene este arroyo (es el mismo de Cuédene) muy vistosas vegas, y todas empastadas, y llenas de buen orégano, planta, que en las vegas todas de cuantos arroyos hemos visto, es muy frecuente. Anduvimos este día seis leguas.

Día 2.—Venimos a San Borja Cutoide, sin haberse ofrecido cosa notable. Anduvimos hoy siete leguas.

Día 3.—Venimos a San Andrés Tiguana. Anduvimos tres leguas. Por la tarde despachó el Sr. Capitán unos soldados, para que reconociesen arroyo arriba las tierras, y agua, de que así ahora, como antes informaron estos naturales: guiaron ellos, y habiendo nuestros exploradores recorrido las vegas y caja para arriba, hallaron buenas tierras; pero poca agua corriente. Caminaron de ida, y vuelta ocho leguas. Se nos mostraron muy amigos estos naturales, y estimándoles sus demostraciones los regalamos con mayor liberalidad que antes.

Día 4.—Llegamos a San Clemente Querecuana. Anduvimos tres leguas. Por la tarde, mandando a unos soldados le acompañasen, quiso el Sr. Capitán hacer personalmente la visita de este arroyo: registróse su caja arriba, y vegas por legua y media, y a esta distancia, se reconoció dividirse el arroyo en dos cajas; para explorar mejor, si tienen un origen, o son dos los arroyos, determina el Sr. Capitán nos detengamos mañana en Querecuana. Se anduvieron esta tarde tres leguas.

Día 5.—Despachó el señor Capitán unos soldados con orden de reconocer, si las cajas vistas fuesen brazos de un mismo arroyo, o cajas de distintos; el agua, que tuviesen, y de no pasar en su expedición seis leguas. Salieron los exploradores, y hallaron que las dos cajas tenían un origen, que la una se llevaba la agua corriente, y dejaba a la otra unas pozas, hasta unirse ambas. Y subiendo por la caja arriba, en distancia de casi cuatro leguas de San Clemente, hallaron buena porción de agua corriente en suelo sólido para saca, y con sobrada altura para regar buenas tierras, que a uno y otro bordo, tiene el arroyo. Prosiguieron caja arriba, y no hallando cosa mejor, volvieron para el real, habiendo caminado de ida, y vuelta nueve leguas, e informaron de lo dicho al Sr. Capitán, quien, por el gran celo, que siempre ha tenido de los aumentos de esta cristianidad, luego que llegaron dichos exploradores (era la una del día), quiso contentarse no sólo oyendo, sino mirando; así que mandó a uno de los recién venidos, y a otros sol-

dados le acompañasen; y saliendo a la revista, halló más consuelo en ver que el que tuvo en oír; mayormente por haber reconocido su merced unas buenas tierras, debajo de la misma saca; pero más fáciles de regar, que las que por la mañana se habían visto. Se anduvieron esta tarde como ocho leguas. Aquí también se nos mostraron fieles los naturales de Querecuana, y merecieron bien los regalos que les hicimos, por habernos informado de la agua, y dirigido a su exploración.

Día 6.—Pasamos a Santiago Quepoh. Anduvimos cuatro leguas. Por la tarde, mandando a unos soldados le acompañasen, salió el Señor Capitán al registro de este arroyo; porque aseveraban los naturales, correr en lo superior de este arroyo más agua, que en el de San Clemente: recorriendo, pues, la caja arriba, guiando los de Quepoh, llegaron nuestros exploradores a las rancherías de San Vicente Tiquerendega, distante de Quepoh, como tres leguas, donde fueron bien recibidos, y regalados de los del país con pieles de venado: retornóles el señor Capitán con lo que hubo propuesto, y los mandó venir a nuestro real, por medio del intérprete, para corresponderles con mayor franqueza. Prosiguiendo la expedición por media legua, no se halló, sino tan poca agua, que no parecía bastante para sacas y riegos. En el espacio visto se reconocieron muy buenas tierras, de que (siendo allí regulares las aguas lluvias) se pueden esperar abundantes frutos. Esta tarde volviendo para Quepoh, los exploradores, en el camino entregó al intérprete la templadera que faltó en Querecuana, un indio de los que allí concurren, cuando entrábamos: dijo, que se la halló buscándola: le importó la restitución una buena frezada, y un cuchillo. Llegó el Sr. Capitán de vuelta al real, entrada ya la noche, y regaló su merced largamente la liberalidad de los Tiquerendegas, participando de los dones los amigos de Quepoh. Se anduvieron esta tarde siete leguas.

Día 7.—Venimos a Jesús María Aenata territorio de los naturales de San Gregorio Quiaira, de donde dista como una legua. Anduvimos esta mañana cuatro leguas. Por la tarde, acompañado de unos soldados quiso el Sr. Capitán reconocer las tierras, y agua de este arroyo por su caja arriba: se dilató la expedición por tres leguas y media; habiéndose hallado muy buenas tierras; lleva el arroyo lindo golpe de agua, que en varias partes corre en suelo sólido con seguridad de sacas. Se anduvieron esta tarde siete leguas. Estos naturales se han esmerado en regalarnos, y estimándoles nuestra gente sus expresiones, se ha desempeñado en corresponderles. Aquí se bautizaron los párvulos de San Gregorio Quiaira.

Día 8.—Venimos a los Mártires de Aquiri. Anduvimos hoy seis leguas

de tan cerrado monte, que se fatigó bien nuestra gente en despejar la senda. En el camino pasamos un arroyuelo, que aunque poca, llevaba agua; esta tarde anduvimos media legua por mejorar los pastos; pasamos en Candapan, territorio de los naturales de Anyaichiri, de quienes concurrieron aquí algunos. En este arroyo, que es el mismo de Santa Cruz Udare, acaban por lo interior de la sierra, aunque por la contracosta se extienden más al noroeste, las rancherías Guaycuras.

Día 9.—Llegamos a San Isidro Cajalchimin: aquí comienza la gran nación Laimona. Anduvimos cinco leguas, y se hicieron muchos bautismos.

Día 10.—Venimos a San León Omobichimincajal, ranchería en el arroyo de San Francisco Javier; lleva este arroyo muy buena porción de agua. Fué nos el camino muy molesto, y pesado por un mal país, que se extiende como por dos leguas; en él se cayeron varias bestias así de cargadas, como de la remuda. Se anduvieron hoy seis leguas.

Día 11.—Subimos a Santa Rosa Cajal: loguoc (*sic*) dentro del mismo arroyo de San Javier. Anduvimos hoy cinco leguas.

Día 12.—Entramos en el pueblo de San Pablo, donde el Padre Juan de Ugarte su Ministro, y Visitador de estas Misiones hospedó, y regaló con caritativa largueza la escuadra Lauretana. Anduvimos esta mañana como legua y media. Por la tarde se divirtió nuestra gente en ver los sembrados de buenos trigos, unos a quienes amenazaban ya las hoces, y otros en diferencia de estados, más todos buenos, en ver las viñas, olivos, y otras cosas, sin que faltase la diversión de un buen refresco.

Día 13.—Pasamos por la población de San Francisco Javier cabecera de este Partido, y reconocimos estar muy buenas las sementeras de trigo en este pueblo. Hicimos alto distantes como cuatro leguas de San Pablo.

Día 14.—Bajada la sierra de San Francisco Javier, entramos felizmente en el Real de Nuestra Señora de Loreto: recibiendo el Presidio, y pueblo toda a su muy deseado, y valeroso Capitán Don Esteban Rodríguez Lorenzo, y a la escuadra toda con singulares demostraciones de júbilo, y muy alegre salva. Se anduvieron este día seis leguas.

